Vargas Llosa y Joseph Conrad: dos miradas al colonialismo

José María Pozuelo Yvancos

Para la temática literaria poscolonial la última novela de Mario Vargas Llosa es importante, por dos razones: la primera porque el problema de la explotación de las Colonias es central de dos de sus tres partes (la tercera parte de la novela está dedicada a la peripecia del desarrollo del nacionalismo irlandés en la etapa que llevaría a la independencia de ese país respecto de Gran Bretaña). La novela *El sueño del celta* está dividida en tres partes con los siguientes títulos: El Congo, La Amazonía, Irlanda. La cierra un Epílogo de lo que ha quedado hoy de la memoria de su protagonista, Roger Casement, que es quien llena la trama, porque en el fondo la novela de Vargas Llosa termina siendo una biografía documentada de las peripecias de este irlandés, centrándose sobre todo en las dos primeras partes, sobre las que además escribió dos informes que han sido publicados: el Informe sobre el Congo, y el de la Amazonía.

La novela de Vargas se ha concebido plegada a la manera como estos informes han sido investigados, y escritos. Su desarrollo bascula constantemente en esta doble balanza: por un lado lo que tiene de novela de personaje como biografía novelada de él, con elementos que son históricos y muy documentados, pero en los que introduce algunos episodios de reconstrucción en parte imaginaria, los más propiamente novelísticos de la obra, como son sus reflexiones en la cárcel durante las semanas previas a ser ejecutado y la relación de distancia radical primeramente y paulatina proximidad humana con su carcelero, Mr. John Ellis, un hombre atormentado por la soledad, tras la pérdida de su hijo en la batalla de la Primera Guerra Mundial contra Alemania que dejó antes de suicidarse un libro de memorias (según sabemos por el Epílogo) y que posiblemente ha estado en la base de esa reconstrucción llena de interés humano de esta parte, que es la que abre y cierra la novela y a la que va constantemente volviendo, nutriendo de sentido su desarrollo, como balance que se va haciendo de una vida de heroísmo, de éxitos y de fracasos, que es una vida de enorme interés, trágicamente terminada en la horca.

Al otro lado de la balanza están los dos capítulos que relatan cómo se fueron descubriendo los hechos horribles de la explotación colonial de los nativos, contenidos en los dos Informes, que como veremos, mueven a una doble significación como valor. Desde un punto de vista literario, hay que decir que sobre la novela de Vargas gravita precisamente lo que la hace más valiosa para nosotros, el peso de la documentación de las atrocidades de la doble situación colonial que ha originado la explotación del caucho, primero en el Congo, luego en el lugar recóndito del Putumayo en la frontera del Perú con Colombia en plena selva amazónica. El formidable material acarreado por Vargas Llosa permite tres cosas muy valiosas para nuestro tema: primeramente es un recorrido muy minucioso y en cierto modo con amplitud sistemática y científica de las diferentes situaciones que una situación de explotación colonial ha permitido y provocado. Una segunda cosa es que hay una complementariedad entre ambas; la del Congo y la Amazonia porque no son iguales, y el segundo caso, aunque reproduzca atrocidades semejantes, permite completar la visión ofrecida por la primera al hacer participar y reunir las sucesivas capas de complicidades locales de la atrocidad, lo que en África, no se había dado. Por último, una tercera cosa valiosa es la relación de la de Vargas con la propia novela de J. Conrad *Heart of Darkness*, tanto en lo que le adeuda (de hecho es Conrad quien lleva a Vargas Llosa a Casement) como en lo que se diferencian. Las dos novelas son estilísticamente muy diferentes tiene precisamente mucho interés la capacidad de Vargas Llosa para introducir alguna reflexión sobre lo que escribe y su diferencia con lo que el polaco escribió. Es la capa en la que centraremos nuestro análisis.

He dicho capa con intención, porque a mi juicio, aunque eso haya gustado menos a quienes querían una obra más literariamente novelesca nacida de un Vargas más imaginativo, *El sueño del celta* ofrece una compleja y muy dinámica visión del hecho de explotación colonial, no ya (aunque también) por lo muchos testimonios que transmite, sino porque por su modo de hacerlo, va suponiendo como ir deshaciendo las capas de la cebolla, caminando hacia al corazón del asunto, otro corazón de tiniebla, pero por capas sucesivas y con un recorrido que privilegia el modo externo. En ese sentido la primera diferencia con la obra de Conrad es que la de Vargas procede por *extensión histórica* minuciosa, como una crónica más externa, que quiere ser fiel a hechos, más que interno-poética como había sido

la de su precedente, porque la de Conrad había procedido de la otra manera, por *intensión simbólica*.

Vargas Llosa sitúa el Imperio en primer lugar ya que preside la caracterización del padre de Casement, que había servido durante ocho años en el Tercer Regimiento de Dragones ligeros en la India, y presenta al niño Roger oyendo las historias bélicas que le contaba su padre con aventuras en la India y Afganistán, literalmente dice «en las remotas fronteras del Imperio» (p. 19)[1]. En la caracterización del padre hay otro signo: su renuencia a caricias lo que provoca que las únicas, provenientes de la madre, lo sean a escondidas del padre, por el rechazo de este a esos gestos de débiles. Esto también es Imperio, esta contigüidad entre lo varonil, lo adusto, lo viril y la adustez militar. Un segundo rasgo marcado por Vargas Llosa de la caracterización infantil es que Roger devoraba los libros de viaje por África y el Extremo Oriente, su admiración por David Livingston, también por Henry Morton Stanley hasta que luego lo conoce y se ve decepcionado. Ambos exploradores míticos de África (esta idea, el descubrimiento), los mapas recorridos con los ojos, los viajes imaginados, es común a Marlow según sabemos de este cuando niño al comienzo de la novela de Conrad.

Hay una idea importante en esta primera aproximación de Vargas Llosa a la mentalidad primera de Roger Casement: su novela va a ser un proceso de desengaño, que comienza con una ambición ideológicamente condicionada por la idea de llevar el progreso a África, creyendo que la operación mercantil era mucho más que eso, que era una liberación del nativo respecto a una incultura y un canibalismo que los tenía postrados y prehistóricos. Esta coartada se repite una y otra vez en todos los que participan y justifican la dominación, en el Congo y en la Amazonía. Lo dice así literalmente en pág. 26 y desde luego en la presentación que hace luego en el capítulo IV del viaje que literalmente afirma en pág. 34 «cambió su vida», el Congo de Leopoldo II. Antes de ir a ese viaje, la novela traza una metonimia que está en la mente del personaje biografiado: la de Irlanda como oprimida por el yugo colonial, una aproximación que puede ser del personaje pero que chirría algo por la diferente situación de ambas colonias, si bien, la razón de la pregunta fundamental queda en pie: ¿con qué derecho la Corona Británica posee los territorios contra

[1] Citaré en el texto por la primera edición Mario Vargas Llosa: *El sueño del celta*. Alfaguara, Madrid, 2010.

la voluntad de sus habitantes o bien, en connivencia con las potencias le regala en la Conferencia de Berlín a Leopoldo II, rey de Bélgica, la propiedad del Congo? Es precisamente la decepción con Morton Stanley y para con la misión del rey Leopoldo lo que implica en Casement su caída del caballo, su conversión. Los contratos que hacían firmar a nativos que nada sabían, hace que Casement se enfrente a Morgan Stanley quien le reprocha que en África no caben los débiles y que su actitud es de debilidad. En el texto más abajo seleccionado de la página 43, en palabras de Morgan Stanley en su discusión con Casement, concentra Vargas Llosa toda la ideología del dominio colonial, que se emblematiza en las 3 C -*cristianismo*, *civilización* y *comercio*-:

> «Vendrán misioneros que los sacarán del paganismo y les enseñarán que un cristiano no debe comerse al prójimo. Médicos que los vacunarán contra las epidemias y los curarán mejor que sus hechiceros. Compañías que les darán trabajo. Escuelas donde aprenderán los idiomas civilizados. Donde les enseñaran a vestirse, a rezar al verdadero Dios, a hablar en cristiano y no en esos dialectos de monos que hablan. Poco a poco reemplazarán sus costumbres bárbaras por las de seres modernos instruidos. Si supieran lo que hacemos por ellos nos besarían los pies».
>
> (p. 43)

Pero Conrad no podía faltar en esta novela de Vargas. Entra en página 71, cuando Casement pregunta en la cárcel a su amiga Alice si Conrad había firmado a favor de la conmutación de su pena de muerte, con respuesta negativa. No se detiene mucho en eso Vargas Llosa, atribuyéndolo el narrador a una posición política siempre huidiza y medrosa del polaco (que contrasta con la de Yeats, pero también con Bernard Shaw y otros escritores). Ahora bien, inmediatamente hace decir (p. 72) a Conrad su deuda para con Casement. No hablaba de oídas en lo dicho en *El corazón de las tinieblas*, puesto que no solamente lo vivió, sino que Vargas Llosa hace decir a Conrad que había sido Casement quien le abrió los ojos dice literalmente sobre la fiera humana:

> «Usted debió figurar como coautor de ese libro Casement- afirmó palmeándolo en los hombros-. Nunca lo hubiera escrito sin su ayuda. Usted me quitó las legañas de los ojos. Sobre el África. Sobre el Estado Independiente del Congo. Sobre la fiera humana».
>
> (p. 74)

Fijémonos en la serie: África, Congo, fiera humana. Es decir que Vargas Llosa traza aquí el ámbito universalizador de la significación del libro del Conrad, finalmente más instructivo sobre la fiera humana que sobre cualquier otra circunstancia. Más adelante le hará decir:

> «Es la corrupción moral, la corrupción del alma lo que invade todo en este país -repitió con voz hueca, tenebrosa como sobrecogido por una visión apocalíptica».
>
> (p. 75)

Lo interesante es la visión dialéctica que Vargas Llosa introduce cuando hace decir a otro personaje, la historiadora Alice, un juicio que presumiblemente condense el del propio Vargas Llosa:

> «-¿Has leído *El corazón de las tinieblas*? -preguntó Roger a Alice-. ¿Crees que es justa esa visión del ser humano?
>
> -Supongo que no lo es -repuso la historiadora-. Lo discutimos mucho un martes cuando apareció. Esa novela es una parábola según la cuál África vuelve bárbaros a los civilizados europeos que van allá. Tu *Informe sobre el Congo* mostró lo contrario, más bien. Que fuimos los europeos los que llevamos allá las peores barbaries. Además tú estuviste veinte años en África sin volverte un salvaje. Incluso volviste más civilizado de lo que eras cuando saliste de aquí creyendo en las virtudes del colonialismo y del Imperio.
>
> -Conrad decía que, en el Congo, la corrupción moral del ser humano salía a la superficie. La de blancos y negros. A mí *El corazón de las tinieblas* me desveló muchas veces. Yo creo que no describe el Congo, ni la realidad, ni la historia, sino el infierno. El Congo es un pretexto para expresar esa visión atroz que tiene ciertos católicos del mal absoluto».
>
> (p. 77)

Este texto es clave para entender la novela de Vargas Llosa y el espíritu que la anima. Antes de discutir, lo haremos luego, sobre esos juicios concretos de la novela de Conrad, en cierto modo distanciados respecto de ella, habrá que decir que a mi juicio reflejan muy bien que Vargas Llosa no quiere hacer eso, sino justo lo contrario. Por así decirlo, aunque lo haga decir al personaje Alice, lee así a Casement -lo lee como quien hace justicia-, y en cierto modo esa justicia inspira la labor reformadora que el propio Vargas Llosa atribuye a Casement. Si analizamos bien la novela de Conrad veremos que es hija de

la desconfianza de un Modernista para con la realidad, y para con los poderes de la propia narración para *poner orden en el mundo*. Conrad no creía posible ese orden y por tanto su novela se llena de vacíos, de suturas. Parece en cambio que la de Vargas Llosa sea justamente lo contrario, que esté empeñada en llenar esos huecos, en decir lo que Conrad deja sin decir, en poner rostro a lo que Conrad dejó como fantasma. Ese empeño creo que domina no únicamente la cantidad de detalles y la exhaustividad con que Vargas Llosa contempla los hechos en su minuciosa pesquisa, sino también la confianza suya en la capacidad de la novela por poner orden, por hacer estructura sólida, por llenar las suturas. Vargas Llosa a mi juicio no es menos moralista que Conrad, lo que ocurre es que está más confiado en las posibilidades del mundo y de la justicia, de la utilidad de un mensaje de denuncia. Mientras que Conrad sería poeta metafísico católico creyente en el infierno, Vargas sería un agnóstico liberal confiado en las posibilidades últimas del sistema de autoprotección contra los males del mundo, contra la barbarie y los abusos del poder.

Es cierto que el narrador de Vargas Llosa sobre todo en el largo capítulo dedicado al episodio de la Amazonia no deja de insistir en que el Perú está ocioso, en que la sociedad de los cómplices coloniales, los nuevos burgueses peruanos que anidan a la sombra de la corrupción y la depredación, dejarán todo sin castigo. Todos los personajes a los que Casement interroga le dicen constantemente cuando se ven sometidos a investigación ese mensaje: nada cambiará, para nada sirve, todo cuanto hace Casement a la postre es inútil frente al poder de la depredación, la codicia y la maldad. Pero con todo, Vargas sitúa como punto final ese Juicio hecho en la Corte de Londres a la Compañía del y ese juicio paralelo de la caída de la Bolsa de las acciones de la Compañía y el declive final de esta, como reparación social de esa maldad.

Considero que las novelas de Conrad y Vargas son diferentes en estructura y en orden narrativo, porque también lo son en la filosofía y en la confianza diferente que muestran hacia las posibilidades reales del progreso humano. Si mi hipótesis de lectura es cierta, la no estructura de novela hacia la completud que tiene la novela de Conrad, completamente asediada por el vacío y nutrida por su falta de concreción, es la antípoda de una ambición por la *completud*, por el detalle, por la minuciosidad con que un mismo tema se ve asediado por la de Vargas Llosa, que nunca parece descansar de su ambición por fijar cada una de las capas nutrientes de esa maldad y esta no solo en sus hechos, también en sus

protagonistas, a los que se nombra con apellidos y circunstancia, y se quiere documentar hasta sus detalles más concretos para eso, para que la denuncia quede y para que la Historia no se repita. Vargas Llosa colma el sentido, porque cree en el progreso y en el beneficio salvador de la narración. Conrad no lo colma porque cree en la mayor eficacia del símbolo, de la imagen. Son dos maneras de ser la literatura, nacidas ambas de la modernidad pero con un sesgo diferente: el realismo de Vargas Llosa heredero del francés frente al *modernismo* simbolista de Conrad.

En su optimismo de fondo Vargas Llosa ha tenido la ambición del demiurgo, de llegar a todos los lugares del cuadro humano que explica la explotación. Por eso su novela va actuando -como dije antes- con una estructura que pareciera la de una cebolla en capas. Comienza con el optimismo colonizador del joven Casement, llega al descubrimiento del horror de la colonización del Congo, y comienza entonces la cruzada redentora de un personaje que tiene en la Amazonia el encargo expreso de una denuncia que finalmente se cumple y ejecuta parcialmente en justicia.

En esa estructura de capas, el descubrimiento de los distintos motivos o temas de la colonización va a ser progresivo. Primero la ilegitimidad de unos contratos, luego la tortura del látigo con piel de elefante, luego una serie de personajes que van contando o capitanes que protagonizan sucesivos horrores. En el fondo la estructura narrativa de Vargas es acumulativa, va avanzando con ambición de poseer los datos como si la novela propiamente se adaptara la estructura de un Informe. En cierto modo Vargas Llosa hace él mismo otro Informe, el Informe Vargas Llosa.

Hay muchos motivos que se van repitiendo y que en realidad ofrecen un mapa muy fiel del hecho colonizador: por ejemplo los nativos no preguntan nunca por la razón que asiste a los explotadores para explotarles, sino únicamente por la injusticia cuantitativa de las exigencias mismas de cantidad de caucho, pero para poder cumplir con ellas, confirmando así que lo ilegítimo es la forma y no el fondo del hecho (se ve en pág. 98). También el otro motivo: quienes se ven interpelados siempre apelan a dos razones: la condición inferior de los nativos (como animales) o bien su situación miserable al margen mismo de la colonización o bien, cuando ya no tienen más remedio comienzan a decir que cumplen o ejecutan órdenes que ellos no han puesto, como hace el capitán Junot, quien espeta a Casement que es el poder político, el Sistema legal al que está obligado a servir. Y

con directa declaración cínica, explotación, dice: «pero, ¿a qué hemos venido si no es a eso?» (p. 101). También hay en el caso del Congo otro fondo, expuesto en página 108: la resistencia del *Foreing Office* a incomodar al rey Leopoldo de Bélgica porque en caso contrario se echaría en brazos de Alemania, y era un aliado que había que cuidar. Razones de alta política que en el fondo son coartadas, históricamente verosímiles.

Con relación a toda la serie algo quería decir respecto a la Amazonia. En muchos aspectos este segundo Informe reitera en todos los argumentos que acabo de resumir del Congo. Es otro lugar del mismo horror. Pero hay una nota interesante que Vargas sitúa al comienzo mismo de este capítulo en la cena de recepción de la Comisión nada más llegar a Iquitos: la burguesía originaria, el estamento de colaboración de la sociedad civil caciquil donde el gobernador, el alcalde, los jueces, están todos pringados. Al final el desengaño del cónsul inglés respecto a lo que habría que sacar en claro Casement se sabe que es debido a que él mismo está afectado porque negocia y se beneficia personalmente de ese estado de cosas (p. 261). Lo «militar» del Congo se ha convertido en la estructura civil no menos imperialista, la corrupción ha penetrado en todo el orden de intereses, y es la que lo sostiene. Tanto llega a ser así que Casement llega a la conclusión (establecida en página 239) de que únicamente un levantamiento armado de la población puede acabar con un estado de cosas que el régimen peruano por sí mismo no va nunca a hacer. De hecho toda las promesas de Justicia hacia los culpables se ven o diferidas o clausuradas y archivadas con peregrinos argumentos.

La literatura memorable va siempre más allá de sí misma. Esto es así precisamente porque no hay tema o asunto que una obra, por grande que sea, clausure; antes bien lo que la hace grande son las posibilidades hermenéuticas que abre su proceso de significación, de manera que miradas como las de Conrad y Vargas Llosa no únicamente se complementan, en lo que tienen de común y de diferente, sino que sitúan la cuestión colonial como un desafío que sigue interpelando a los lectores de hoy.